

Primer canto

No son del cielo tus ojos
azules formas ni divinos,
pero en sus ráfagas adivino
un negro color de antojo.

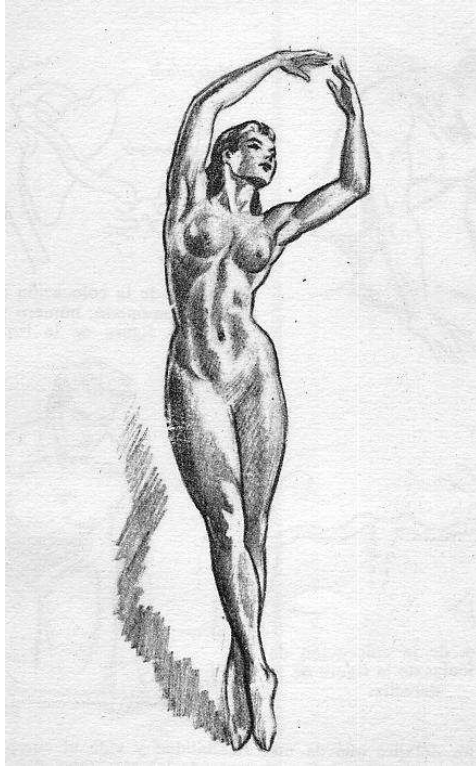
No es tu cuello un culmen
de virginales travesías ,
pero en él inicio mi hombría,
la vasta sed que me sacudes.

No es tu inocente criatura
por ti criatura tu inocencia,
aunque el viento retenga
mariposas en tu cintura.

Tuya es la encendida calma,
las estrellas en tu pelo,
el lago donde a veces muero
para citarme con tu alma.

Mas yo veo en ti mi patria,
ojos del mundo y cuello

¡ah, qué mundo, qué bello
vivir entre tus dos aguas!



Emilio Freixas

Segundo canto a tus ojos

Son tus ojos de donde
no ha tocado el hielo
las claras aguas del arroyo,
y allí pertenecen siempre
tus ojos nunca míos.

De la pasión y de la entrega,
racimos de verde campo
en tus ojos desarrollan cristales,
partículas de infinitos
amores puros.

Y siempre nunca me ven;
sueño en ellos
mareas que a propósito
tumban navíos de papel
en sus centros espumosos.

En tus ojos la luz se ahoga
de tanta luz de golpe,
lo dice el sol en su vergüenza;
son, en la continuación,

dobles astros a todo expuestos.

Tus ojos son el alma
que vive en el cuerpo del día;
aquí la tierra los espera
y la sombra sonrío
porque será más sombra

bajo sus resplandores naturales,
y más ligeras las margaritas,
y más azul pero más blanco el mar,
y más celestes las carnes,
y más transparente todo.

Tercer canto a tu ojos: tu mirada

¡Ah, esa mirada tuya
que hace que dude del mundo!
cuando te alzas hacia la luna
y yo beso tus párpados desnudos

girando por tus pechos las manos
¡ah, rosa, dulce camino!
líquido, cuerpos trenzados,
yo en ti, amor, tú conmigo

como la lluvia que relampaguea
y hace aros en la ventana,
como la sal se hace blanca arena
y de blanca arena, blanca playa;

esa mirada despertando tuya
al primer pan del día
¡ah, esa mirada! linda criatura,
en la boca me llevas la sonrisa

y nardos en los balcones
donde asomarse es viento,

y es tibieza a los miradores
de tus ojos muy abiertos;

como si en ello me fuera la vida
apoyo mis labios en tus ojos
y en tu boca desmedida
a tu abismo, amor, me arrojo.

Quizás sea yo

Sé tú esa ubicación
que sólo la tierra comprende,
esa raíz en color claro
pero profunda y rojísima,
la razón equivocada
de por qué un pecho y no.

Las azules ideas que nutren
los ansiosos juveniles,
caprichoso ademán
en el tiempo de las flores,
sé tú la luna de mayo
que de ti mi cuerpo impele.

Sé tú el gesto
que alimenta mis desolaciones,
el por qué otro pecho no pero sí,
ese aflojar y tirar de las copas
con que el otoño desnuda al árbol,
no muy profundo, sí muy rojo.

Para el lugar que ocupa el verde

de purísimo entreacto, sé tú
la soledad que todo deja
-todo acaba en soledad-

soledad de labios tras un beso,
soledad al exilio del cansancio

que tienen los almanaques
en un telón de sombras,
algo que no se sabe intuición
pero es amor sin duda
¡qué soledad más grande
limita mi boca extranjera!

Mas, ante todo, sé tú
y yo podré ser yo,
no el hombre que te ama
como tú quieres que te ame,
el hombre que soy amándote
entre la niebla y el silencio.

Para mí...

...el amor es un asunto delicado.
Son dos labios y callan.
Son dos ojos ciegos.
Eres tú, silenciosa en la distancia.
Soy yo en un murmullo inquieto.
¿El amor es algo inventado?
Luces, derrotas, mañanas.
El amor eres tú y soy yo
volcados en la vida,
retozándonos en la playa.

La necesidad

Pero esta sed que sufro
habla pelo a pelo,
los pequeños sonidos
en la forma
que el canto en tus pupilas

celebra el dulce acomodo
y marcha como el doble
movimiento del trigo.
Sólo en la palabra se asemeja
necesitar un cuerpo

a la necesidad de que sea tu cuerpo
ese tan necesario
que viste, no en vano de gloria,
el ardiente eje de mi hombría
-sólo el que no ama
confunde la necesidad y el amor-

No dudo. Lo sé por la luz que filtra
tus femeninas aguas en dos mitades
y ese giro que en mí se prolonga

con la cadencia
de un rosario de fuego

¡ah! ¿quién si no yo ve ese cristal
que a veces me condenas al autismo?
Quiero en tu cuerpo como un mundo
ser tu amor y tu necesidad
con la urgencia del amor implacable,
que cuando me roces

el verano se despliegue
sobre un mar de sábanas
y en lo oscuro me silbe tu aroma,
siempre con la llama de la noche,
diciéndome todo en silencio.

Rompe mi canto

Rompe mi canto en los postigos
que tus piernas revelan en luto;
en las entrañas llevas profundo
la enlutada forma de mi castigo.

Viene rompiendo en dos aires
mi canto y entre veinte tierras,
entre dos pinos y dos fronteras,
entre seis cielos y siete mares

a ti, presa del tiempo impasivo
que piensas que nada te sujeta,
como si toda la vida en tormenta
te deshojases tras los visillos.

Nadie ve el fuego que te arde;
en tu cárcel criatura me llevas
en derivados de blanco y marea
rompiendo mi canto en la tarde.

Dos maneras, palabra y amante,
corazón sangrante de un poeta,
¡pero qué lindo ver que revuelas
reteniendo gloria en mi hambre!

Pero nadie ¡ah! corazón sencillo,
da para ti la llamada perfecta,
y siempre en luto tus piernas,
y nunca el viento en tu camino.

Como las olas te vas en alarde
de no entregarte y lo quisieras,
dejarte caer en la blanca arena
y en la blanca arena dejarte

el amor bendito, ángel dormido
cerrado a cal entre sus cuevas,
el agua partida como una guerra,
ceniciento ángel de mis desvaríos.

Este verso nace para ti

Este verso nace para ti
porque tú eres este verso,
blanda prolongación de una flor
que perdura en vivas hojas.

Yo quisiera que al leerme
supieras, en el pétalo y en el agua,
que te pertenece cada letra,
y que al hacerlo tuvieras necesidad.

Por ejemplo: si te digo te amo,
encierro en la levedad muchas cosas
claras y no tan claras –no-
mas yo quiero decírtelo de otra manera.

Que anoche canté tu nombre
y que al hacerlo mi voz era poderosa,
que te vi en el pecho de una madre
y quise escribirlo de repente.

Que soy crudo y sencillo,
que paso entre los hombres de la tierra

como un hombre más de la tierra,
tal vez, en la inmensa lejanía.

No obstante, si te digo -te quiero-
urge mi cuerpo una mano tuya
y hasta una ceja predispuesta
en ese exacto momento de decirlo.



Barcas en El Rompido - Huelva

Amor de ventanales

Desnudo sin cuerpo,
amor puro,
intacto amor de ventanales,
amor bajo palabra
de indomable cura;
así es como te pienso
en una palabra,
en un labio,
en una hoja distante
pero tan llena de cercanía,
desdoblándote en mí,
apareciendo yo logrado
ya y dolorido,
así, en un labio,
en un acento,
así, en una palabra.

A tus vergeles

Al son que subyugan los vergeles
me invitan a bailar tus delfines,
galope que reniega un mar lejano
y por no estar lloro mis ausencias.

Ciño a mis grietas dolor y abismo,
esta sed que me quema hacia nada,
y gustoso del amor hondo que sufro,
voy asomando al papel mis cicatrices.

Hasta que me olvides te desnudo
con palabras simples de larga tarde;
me conversan los sonidos en tu boca
como una doble llama en la hoguera.

Me acostumbro a hablarme sin mi;
es profundo el viento que produzco,
y deliciosamente amorosos en silencio,
rincones de fuego te hacen secreta.

Tristeza alegre de alegría y tristeza.
Qué entusiasmo de tristeza suicida.
Qué quietud me balancea y luego no.
Qué saber que tengo que buscarte.

Pasan los días tediosos sin saberse,
los años en el vapor de los andenes,
pasa la luna de fuerte rojo vestida,
más que por mi vida y pienso, pienso.

Suelto este amor a tus postigos
en una puñalada de grave acierto;
en tu umbral lo dejo que anochece
y es tiempo de pensar siempre en ti.

Mis manos como un laberinto

Si en cualquier lugar
sin horario
notas algo suave
o un calambre
te recorre el cuerpo,
tranquila amor,
son mis manos
como un laberinto
en el viento.

Amor puro

El amor puro es una calma encendida,
dos sombras en la pared abrazadas,
es una vela en la noche cuya llamarada
va en el cuarto del amor suspendida.

No entiende más que de amor y gira
en las manos gravemente agitadas
ah, el amor es besarse con la mirada
en la calma suave aún y en la risa.

A todo siempre excusado, la herida
de amor, luz que desprenden las almas,
una caricia en la desnudez sin pausa
y más que amor se entrega la vida.

En un alarido de amor me quemaría,
dejar la tierra y vivir en sus ramas,
celestes rama de amor, verde rama;
por un amor así ¡qué no dejaría!

Como anoche moría

¡Qué dura tragedia!
¡Qué larga agonía!
ser hombre de noche
y morir con el día
de avatares cotidianos
¡morir! y muriendo diría
-quiero entre tus brazos,
entre tus brazos la muerte mía-
como anoche amor,
como anoche moría.



Amor voraz

De la sombra extraña
que el llano al árbol no conquista,
asomará un trozo de aire,
un rostro desconocido
tras una mano imposible,
y en su perfil
no tendrá nada gemelo;

será el signo de la sangre
en un silencio de llama fija,
un amor voraz no civilizado
que se hará dueño de mi palabra.

Este hombre que te ama

Sé tú esa ubicación
que sólo la tierra comprende,
esa raíz en color claro
pero profunda y rojísima,
la razón equivocada
de por qué un pecho y no.

Las azules ideas que nutren
los ansiosos juveniles,
caprichoso además
en el tiempo de las flores,
sé tú la luna de mayo
que de ti mi cuerpo impele.

Sé tú el gesto
que alimenta mis desolaciones,
el por qué otro pecho no pero sí,
ese aflojar y tirar de las copas
con que el otoño desnuda al árbol,
no muy profundo, pero muy rojo.

Para el lugar que ocupa el verde
de purísimo entreacto, sé tú
la soledad que todo deja
-todo acaba en soledad-
soledad de labios tras un beso,
soledad al exilio del cansancio

que tienen los almanaques
en un telón de sombras,
algo que no se sabe intuición
pero es amor sin duda
¡qué soledad más grande
limita mi boca extranjera!

Mas, ante todo, sé tú
y yo podré ser yo,
no el hombre que te ama
como tú quieres que te ame,
el hombre que soy amándote
entre la niebla y el silencio.

Como tu misma

Como tú, blanda invasión
que se vierte y se derrama
a la medida del amor,
anillo de luz
alzando las alturas,
como tú misma hacia mis manos,
como las campanas a viva voz
lanzadas al domingo
de pulso con la dicha,
como tú misma, como tú
deslizándote en el viento,
pálida pero brillante,
amaneciendo dos esferas
de fina sangre,
como tú, blanda invasión
que se vierte y se derrama
igual que el movimiento de un río;
como tú es este día
hecho de una manera rápida,
como tú.

El beso de septiembre

Pero no basta un recuerdo
para decir de qué manera
sucedió y hacia qué lugar
de la memoria su simpleza
se hizo fuerte en silencio.

Recordar lágrimas en la rosa,
la fluidez de unos labios
desquiciados en esta locura
que me lleva la cárcel en la boca,
como no, en la boca.

Recordar el beso y septiembre
por los huesos tibios apretado
o el destello de luces vegetales
despidiendo una tarde de abril,
así, el rellano de un mar tosco.

Aquello que no se ha vivido,
imposible movimiento,
nada ocupa y a nada impele,
nada olvida su mentira inútil,
nada deja para el recuerdo.

Recordar algún amor en racimo,
pájaros que marchan y regresan
a mi cabeza inerte y despoblada,
mansa brusquedad en la sombra
que todo recuerdo sabe y agota.

El recuerdo que de repente
es vapor en los cuerpos desnudos
que se sudaron en las ventanas,

sabor rojizo a viva hoguera
guardado en las edades juveniles.

Recordar qué no amansar
de lo que nunca olvidamos,
aquellas manos breves de lirios
incipientes y primeras a escondidas
que voy buscando en todas las manos.

Tu eres mi sombra

Tú eres mi sombra
porque cuando la luz
me proyecta
en cualquier dirección
son tus formas puras
lo que asoma.

Morir de amor volando

De las cosas candentes asoman
nardos nacidos en las cinturas,
un sopor de dulces locuras;
son, en la raíz que se ahondan,

vestigios de celajes profundos
porque estar en ellos es el cielo
¡amar! ¡morir de amor quiero!
amar las calles del vagabundo,

¡amar! en lo claro y en lo oscuro,
amar la brava hembra andaluza,
amar hasta la idea más absurda,
amar y amando dejar el mundo

envuelto en túnicas transparentes
donde nada se ve pero se intuye,
retama que al árbol sus pies cubre
y hacia arriba la rama efervescente

¡seamos árboles hasta ser mármol!
flores ligeras o alegres mariposas;
¡seamos labradores de las rosas
de pétalos en colores equivocados!

Amar siendo hombre no compensa,
uno siembra y otro amor destruye
¿dónde el amor que a las nubes
te subía enérgico de pies a cabeza?

Yo quiero morir de amor amando,
que esa muerte merezca la pena,
soltar, por si es que llevo arena,
y morir mi muerte de amor volando.



Boceto – Luis Gómez

Decir amor y escribir amor

Decir amor y escribir amor
no es lo mismo;
puedo decir amor con los ojos,
con las manos o con la inclinación
de una ceja o del cuerpo;
escribirlo es, no sé, muy diferente,
es decir, eso, muy diferente.

Yo digo amor escribiendo con amor,
lo digo así, sin pensar en ella,
porque ella es el amor mío,
y a través de sus ojos
veo los árboles rojos o azules
siempre, índice de mi mundo, siempre.

Quiero decir que no busco impactarla
con una palabra rebuscada;
el amor es más bello con la sencillez
propia de los pájaros
y ahí baila su complejidad.
¿Y cómo explicar el amor?

Mirar de la manera que se mira la mar,
con fuerza e incertidumbre, con calma,
como la miro a ella, con calma
y violencia, porque el amor
es un alarde de violencia tímida,
un choque brutal más allá de los cuerpos,

una arteria desprotegida
y fabricar, es decir,
con la mirada perfecta
y el tono exacto, ese momento tibio
en que decir te amo rompa desde el
estómago.

Tu en la ventana

Como siempre,
absorto en mis cosas,
por la acera me caminaban
los sonidos ajenos
que chocan en la noche y exaltan,
y la tierra dulce, como nunca,
y la solitaria calle y amarga.

Como siempre
a lo lejos los astros
en silencio gobernaban;
a la lejos, más cerca
las estrellas gobernadas,
y el poniente trastocado
reponiéndose en las fachadas.

Pero yo sentía en mi oído
una voz que murmuraba,
linda como los azahares
que en los patios bailan
-mira hacia arriba, silencio, mira-
y la noche dulce como nunca,
y la calle solitaria y amarga.

Mira hacia arriba, silencio, mira
-la voz tierna me increpaba-
y yo absorto en mis cosas,
como siempre,
al camino de mi voz apagada;
miré hacia arriba en silencio ¡Dios mío!
eras un mundo tú en la ventana.

Para ti, por ti

En dos mitades, en dos arenas
de forma inmediata,
en dos soles para tus pasos
que en la noche doblan con el eco;

para que a veces me olvides
cuando más me recuerdes;
pinto en la orilla palabras
que invento, tu nombre

en sal y luego no.
Para que el mar domine tus horas
y en el estrecho día
sea el primer acontecimiento

el centro de tu vientre;
para que la línea siga su curso
y mañana pueda decirte
qué linda línea

diste luz de tus entrañas.
Para que me sobrevivas siempre
y a cualquier lugar de tu olvido
me zanjes y continúes

-que nunca tu pena sea mi inspiración-
para ti y por ti, en ti y de ti,
mujer desconocida
y mía de repente.

Quién sabe...

...si mañana
veo también en tus ojos
cuajar la sombra
y en sus negros reflejos
me apetece decirte
que eres trigo,
que eres amplia y tu serenidad
es la que produce mirar el verano
sobre la parra suave,
que en ti esboza la alegría
el joven viento del Sur.
Quién sabe si en todas
las puertas abiertas
hablo con los pájaros y las flores
reteniendo la inclinación
hacia otros cuerpos hermosos
pensando en tus ojos,
en tus manos como la lluvia
-lluvia suave, como la parra-
Y qué manera más linda sería
pasar cada instante de la vida
buscando contigo
la felicidad que anoche me diste.

Rizos en tu vellos

Como las gotas de agua
que en el junco quedan,
así, no de otra manera,
con el líquido que al alba

hace rizos en tus vellos
de destellos debutantes,
soy hombre incluso antes
de comulgar en sus aleteos,

y en sus hebras el día
haga luces de terciopelo
bordando hacia el tiempo
las horas en que serás mía

por el patio y los pasillos
enredados como la yedra,
en el naranjo sobre la hierba,
tan frondosos y sencillos,

sufriendo amor en los huesos
en la distancia que el aire ofrece;
uno grita al otro en su muerte
y al final los dos muriendo.

Todas las ausencias

En esta ausencia
viven todas las ausencias,
mas a un metro tengo tu boca lejana
-al final de estos versos
la distancia será simple
como una fruta,
será lo que el aire divide-
tus pechos derramados,
a un metro tengo un mar de sangre;
no obstante mi palabra está feliz,
que no con el día perfecto;
sólo sé que te miro y duermes, allí,
que allí llego a la mesa y escribo
la manera en que te veo dormir
mientras callo en la risa de tu pelo;
silencio que como de tu boca.

A una mujer

Los ojos

A tus ojos el sol acude
su rayo de luz inmensa,
y es tal la luz que deja
que sin luz el astro huye

a buscar otros amarillos;
pero en tus ojos tropieza
y en el trigo se recuesta,
el sol como un pajarillo.

Mimbres del surco regadío,
van tus párpados en perla
como varales en promesa
en la doble orilla del río,

nunca sin motivo sus aguas,
ojos que miran y besan
¡quién en tus ojos bebiera
la perla de esas lágrimas!

La luna a tu sol sometida,
más blanca la luna lunera,
en tu ventana espera
saber qué tan luz brilla

y a la falda de tu rellano,
más blanca la luna lunera
-la luz de dos estrellas-
en los ojos y en las manos.

Para tus ojos cálidos.
Para tus ojos distendidos.
Para sus rayos doloridos,
así y para tus manos,

que la carga ha de doler,
el equipaje de tu belleza
¡ay, abre tus ojos y cierra
la luz misma del amanecer!

La boca

Si tu boca una rosa fuera
¡ah, qué rosa sería tu boca!
de todas tu boca hermosa
mi boca en clamor quisiera

y el hombre en mí crecido
que por hombre se tuviera
¿qué hombre si no muriera
al roce de tu boca bendecido?

¡ah, tu boca! ¡molde de pan!
a sus migas no me resisto,
hogaza en mesa de domingo
y al fondo la vista del mar

o cristales en sus latitudes
¡tu boca! ¡dame tu boca
de viento vidrioso, tu rosa
en la mía perdiendo virtudes!

pétalos ¡oh, dulce camino!
¡labios! ¡espadas, dientes!
para tu boca voy valiente
de fuego y de ansia vestido;

pero si rosa no fuera
tu boca y tampoco virtuosa
¡pínteme una mariposa
en los labios volandera!

porque siendo tu boca basta
¡es la boca que yo quiero!
besando me sube al cielo
y a su lado es estar en casa.

Los labios

Hay labios finos que cortan
en la terraza de la melancolía,
y lejos de besar son la tardía
forma de un puñal en la boca,

labios que profanan y adoptan,
en las tardes de la marquesina,
para sus leves comisuras finas
el grosor que otros labios aportan.

Hay labios para palabras rotas
que al pronunciarlas hacen heridas,
labios que viven de la consentida
falacia en todo cuanto tocan.

Cuando esos labios impunes rozan
y prueban el agua de la fantasía,
catan la fatalidad de su agonía
y de lo saboreado se enamoran;

donde no había carne asoma
el náufrago jugo que escondían,
se escapa la queja por la esquina
y del ácido hacen una dulce boca.

Pero tus labios rojos me conversan
filos y mariposas de doble fuego,
ramos de hojas, hondos silencios
en una orilla de verdísima hierba.

Ondas, luz y sombra, labios, cielo,
todo en tus labios ¡ay, esa manera
de lanzarme cuchillos con la lengua
y levitar en el aire entre dos suelos!

Que sí, que sí, digo y casi me besan;
que no, que no, dices y casi me niego;
que sí, que sí, dicen y llega el beso;
que no, que no, digo y nada se niega.

En la madrugada me siento y los velo,
como el nácar resultado de las perlas;
mueves los labios, se diría que sueñas
que los míos están en el mismo sueño.

¡Ah, labios vegetales! ¡fango! ¡iribera!
todo me agita en tus labios y quiero
jugar al qué dicen y me converso
donde se rompen hacia sus mareas.

Los pechos

Y en sus duras consecuencias,
sutiles y ágiles mancebos,
se erizan al roce de las manos
las espirales de los pechos.

Pechos bravos de mujer primera
derramados en el sueño,
altos en el aire que sueña
volar entre dos cielos.

Irán a esconder en las cañas
sus puntas aciagadas de besos,
pechos coronados en fina sangre,
paz y en la guerra guerreros,

ola sin pausa, prediluvio ácido,
cuatro enfrentados al espejo,
pechos ahogados en bocas,
tan de ellas, tan de ellos

en las noches brunas
amados en sus ejes trémulos,
como el que besa al mundo
y después del grito silencio.

Yo naufragué a sus puertas,
magníficos y lisonjeros,
astros vivos de plácida mujer
y resucité en sus pechos.

Las manos

Son así, así son tu manos
dispersas por mi cuerpo
¡ah, tus manos! ¡tus manos
volanderas en el viento!

ligeras, como una corza
¡ya vienen! ya sufriendo
por tus manos y en la boca
yo también me disperso,

como el aire en los pinos,
alondras que en lamento
no vuelan hacia el trigo;
así son tus manos, un vuelo

¡ah manos ocultas
de mujer mía en secreto!
¡manos al sol, de luna!
¡tus manos! ¡dame tus manos
y yo me muero!

Cuerpo muerte

La belleza no es una dádiva fugitiva.
Te tiene presa en sus dientes diarios,
en el vientre, en los muslos blancos
donde comienzan las narrativas

y frunce el leño correr como ascuas
las manos en un aquellarre,
de letras ácidas en las tardes
clamando más agua, más agua.

Así tú eres bella, pero no sólo bella
por tus ojos grandes hasta el infinito,
o los ecos de los montes en grito
que en tus pechos son primavera

del campo a los blancos azahares,
ni por tus dedos prietos finísimos,
ni, ¡oh, tu boca! tu boca, exquisito
sueño albo de los pinares.

Tú eres bella porque nada te falta
cuando duermes en la quietud del postre
la sábana donde al llegar la noche
con una palabra silenciosa basta

para entrelazar las piernas alzadas,
los cuerpos como acordes de piano,
y sobre mi pecho, tus manos,
acodan buscar la figura de arpa.

Yo sabía que al penetrar tu sábana
en ello me iba la muerte
pero más muero si estás ausente,
mi día, mi tarde, mi noche, mi alba.

Cómo decirte

¿Cómo puedo decir la alegría
de tu cuerpo, qué movimientos,
qué estrategia o qué ritmo
si nunca habité en ti?

Pero yo en esta ignorancia
te diré sobre muros abiertos
amor y miraré tus ojos
buscando, por si es que brillan,

ese destello que sólo
en los ojos vibra y calla;
te lo diré donde el aire
llore aire nunca triste,

donde de aire se nutra,
donde del aire beba
y del aire continúe;
en la reiteración perfecta

con distintos volúmenes,
hasta que merecer tu cuerpo
sea un acto necesario
y yo haya de correr al papel

para no olvidar que fuiste río
o si tomaste prestados
los movimientos de la lluvia,
la estrategia el silencio
mientras tu ojos brillaban.

Esto debe ser amor

Esto debe ser amor,
el viento sobre la hierba,
la noche acostada en la hierba,
tú y yo diminutos
tapados a la sombra de la hierba
queriendo decir todo,
o tal vez nada.

Sin duda debe ser amor
este vaivén de cuchilladas,
este frío y este calor de repente,
esta despedida cada minuto,
la estrecha figura de las bocas
abrazadas a la espuma del mar;
nada me confunde, debe ser amor.

Este bronce, estas ondas en el agua
nunca muertas, nunca regresadas,
este feliz accidente en los cuerpos
conquistando la inquietud del sueño,
este árbol suspendido, estas uvas;
todo me lo grita,
todo me dice que esto es amor,

y soñando este amor imperfecto
-las cosas más bellas
viven en las imperfecciones-
te espero suspendido en la tarde
de soledad capicúa,
sabiendo que aún siendo de otro
es a mí a quién abrazas.

Sí, sin duda esto es amor.

Lo que ellas me dejaron

De ellas he tenido
todo cuanto ellas
me dejaron habitar,
sus actos heroicos
en instantes de valentía,
suaves destemplanzas
en túnicas de algodón.

En ellas los pechos solitarios,
doble estrella sangrante,
profundos pasillos
como un mar sin tierra;
de todas algo único me dieron,
vidrios y postres,
sus bocas en racimos.

A todas amé por sus unidades,
perfectas horas de amor
acoplándome al agua
de única manera,
río o margen del tiempo
donde me dejaron respirar
sus cuerpos desnudos.

Si pienso en unos ojos
aparece una de ellas,
y así pensamientos y nombres,
nombres y formas
¡ah, cuánta risa
por el patio y por los huesos!
y si recuerdo nunca tristeza.

Algún día te equivocarás

"...algún día te equivocarás
y me dirás sí..."

No sé si esas manos
son las manos que tanto sueño,
pero yo pienso en tus manos,
y por ello para tus blancas manos
-son tus manos blancas
en el borde de mi verso-
hago al pensarlas
en la orilla lo que invento,

tierra a la tierra,
cielo a la tierra y para la boca,
que es tu boca
la puerta infinita del mundo
que la mar desprende.

¡Ah, quién de tu boca un labio!
a veces el de arriba y a veces no,
a veces no y a veces el de abajo,
turbador juego de palabras
y de manos,
de bocas y de palabras;

ahí, donde invento que te digo amor,
donde absorto dibujo niebla
para que tú asomes
de sus rayos monótonos,
en la medida del arco
que mi sueño procura, sí, ahí

donde te desnuda la costumbre

de saberte sólo por dentro,
donde nada importa
la suavidad de los hombros
o la exacta imperfección
dada a los pechos,
inexorable lágrima regalada
a tu rostro aún sin rostro,
reliquia inmensa de mi pensamiento.

Para tus ojos
porque nunca serás mía;
porque siempre lo eres
para los míos
donde inútil y denso
habito en ti
y ninguno de los dos lo sabemos.

Te comparo

A los patios claros de Sevilla
te comparo y al río,
porque así como ambos
extienden abril y de la luz
de abril sus respiraciones se nutren,
tú te prolongas en más abril
en continuos ciclos de hermosura.

A las marismas ardientes
y a la cal recién dada
como un nacimiento esperado
y fresco, te comparo,
como un flor roja en la boca,
vas en el verdísimo color
y en la hierba te veo y en la fachada.

A la aureola que al niño alimenta,
después de pensarlo,
me converso y lo festejo;
tú tienes esa alegre inocencia
sin pausa del infante
y yo quiero extenderme
en ti como abril sobre el río.

Tú en los ejes del aire.
Tú en los patios y en las marismas.
Tú en mi frente y en el pecho
que en la mesa del niño es manjar.
¡Ah, tus ojos negrísimo
como un reclamo de aciertos preciosos!

Te comparo con esas cosas
que erizan la piel y callan
todo lo que a nada pueda compararse

y es tu camino en victoria
la razón de mi existencia;
a ese verso inexorable
que nunca sabré escribir, te comparo.



Paisaje al óleo – Luis Gómez

A Asun con cariño

Le dije amiga

En sus manos, muy juntas,
ella traía una flor solitaria
para vaciar eso que siempre
se justifica de nada lleno,
y una voz de Giralda,
pasillo tibio del Guadalquivir.
Recuerdo que paseamos
patios y naranjos,
que vimos la espada del crepúsculo
a través de las tapias,
y que al despedirnos le dije amiga.

Donde siempre te espero

Aquí te espero, aquí. Aquí te hallo,
en los dientes de una penumbra homicida,
arrojado en la noche, como un suicida,
aquí mordiendo tormentas de viento ácido.

Aquí te espero. Donde siempre te hallo,
en el lugar que nos arropaba y tú huías,
en el seno de la hoguera ya hecha cenizas,
con la última gota que colma el vaso.

Sé que tú no volverás, mas yo te espero
junto a los silbos árboles, con la luna
en una mano y la otra mano vacía.

Con los pies descalzos, aquí donde muero,
donde las estrellas nos desnudaban.
Aquí te espero, en la herida.

La locura de un beso

En el aliento se nutre infinita
la fiebre de una boca inacabable,
en su cielo ardiente, tibio aire,
busca en otra boca su dicha.

En la entrada de ambos labios
otros dos labios van a romperse,
se hablan, se callan y acontece
del pasillo un beso hasta el patio

y a nada se parece su belleza,
la alegría de la heridas hondas;
del pasillo al patio, dos bocas
son soldados en su propia guerra.

Destacan en un amplio espejo
quién es amante, quién amada
y en deseoso caminar hacia nada,
juntas las dos viven en el reflejo.

Silencio. Se desnudan. Silencio
que dos bocas se regalan risas,
que el viento es aire y este brisa,
que los pulsos quiebran pechos

y unidos los labios apretados,
como si marcharan a la lejanía,
se funden en el fuego de la agonía
buscando ese beso nunca dado.

Después resacas lloran las bocas
el puro rostro de la ausencia pura;
el beso quedó en el cuarto a oscuras
en la locura más locura que loca.

Bajo la luz del anónimo



Campo – El Rompido - Huelva

Quiero dormir contigo

Quiero dormir contigo
este amor que pesa
como si llevara el mundo
sobre los hombros,
despertar este autismo
que acerca fuego a mi boca,
que se repliega hacia dentro,
y la lluvia, y la breve senda,
y los aros y las sombras
de esta suma que no cuadra
el tiempo junto a ti;
quisiera reunir fuerzas
y tocar el blando martilleo
en mi pecho
¿cómo podría entonces
decirte que muero por ti
si estoy sin ti y no muero?
tu amor como una losa
es un navío en mi sangre.
Quiero dormir contigo,
ver con la luz
tus párpados primeros
cuando aún estás por hacer,
y que veas acaso
el hombre que en mi habita.

A un viento de tu mirada

Las horas son mercurio,
febriles asuntos de nada,
llevan en sus ondas velas
y a un soplo se apagan;
pero dentro de ti está el día
que mi tiempo reclama,

primeriza sangre turbia,
timidez de sangre clara.

En ti la vida es un rayo,
en ti y también es agua,
en ti la vida es el rocío
que despierta y dice alba
y dice pétalo, y dice rojo,
y resplandor y luego callas;

en tus manos está mi vida
a un viento de tu mirada.

Aún con los gestos de niña
dentro la mujer te baila,
y al duro girasol de tu pecho
la luna te pasea y te guarda;
¡ay, si me quisieras a tu vera!
de purísima e inmaculada

como la hoja que no sabe
pero siempre en la ventana

-gorrioncillo huérfano-
que vuela y vuela sin alas.

Toma el calor de mis huesos,
mi pan, toma mi palabra
y mis blandas manos de cobre,
tómalo todo menos mi alma;

tomo la línea en tu vientre
de rosa deliciosa y mansa;

después que hable el silencio
con la música de campanas;
empequeñecerán las cosas
con el verano que se agranda;
el sol dirá -luego vuelvo, muero-
y la luna será más blanca,

como la hoja que no sabe
a un viento de tu mirada.

Nacer y morir en tu vientre

Quiero nacerme en tu vientre
y en tu vientre morirme
como en la boca
me nace y me muere el silencio
que asomo en los papeles,
y luego,
que venga a hacerme frente
la relativa manera
en que la mañana
no me deja olvidarte.

Aún dormida la mujer

Qué escribir que haga justicia,
efímeras líneas bajo los ojos
que dicen tus años hermosos
y aún en ti la mujer dormida.

Del amor tus manos requiero,
tu blancas manos en gloria,
pero en ti todo gira, leve noria
que cierra tu cuerpo de miedo.

Pero qué lindo es en abanico
tu silencio que quiere conocer
qué sentiría en ti esa mujer
que habita en puertas de olvido.

Te propongo horas inquietas
en una habitación de fuego,
ser tierno y también violento,
o tormenta en el mar y tú arena.

No puedo regalarte una estrella,
ni una duna de oro rebosante,
pero en tu porcelana puedo darte
un firmamento de todas ellas.

Me bastará ver como te alzas
ya en mujer de la raza y viento,
tan hermosa hincada al tiempo
donde el río crece y ya no calla.

Dos arquitecturas en tu rostro

En tu rostro,
simple como un nombre,
convergen dos arquitecturas,
dos profundas intenciones
de oscuras preciosidades,
dos cristales dulces,
dos rezos y un resplandor
que brilla en la noche
como dos rojísimas heridas
hundidas en espirales;
a veces ojos y a veces no,
girasoles de insomnio,
lágrimas secretas.

En tu rostro hay
dos enormes generosidades
que dejan a la vista el mundo,
una a la derecha de la otra
y la otra a la izquierda de esta,
dos feroces retenciones,
dos fuentes, dos promesas,
dos bellezas negrísimas.

Amor perseguido

¡Dime tú, amor perseguido!
¿por qué levantas una fortaleza
y en su altura llena la tristeza
hasta el corazón consentido?

Tu cuerpo se declina y cunde,
pájaro florecido
que vuela del nido
y volando se confunde.

¡Oh, niña mía y del viento
que silba embravecido!
pétalo rosal que enardecido
al fondo no llega mi beso.

De la mar tibia
será tuya aquella belleza,
de las olas su nobleza
hacia la muerte fría.

Acerada corteza y sombría
¿por qué de la sangre creas
hacia mí una tenebrosa reja?
¿No sabes que ya eres mía?

Como los pinos o las dunas
que cimbran sin fronteras
¡eres mía! ¡eres mía! vuela
a lo eterno y en mí perdura.

¿Por qué las manos discretas
se apoyan en tu vestido
si ha de ser tu cuerpo mío
en el campo o en la arena?

A todo vengo y a nada
que tú no quieras darme,
pero ¡qué linda está la tarde
para malgastarla!

Pues el tiempo sucumbe;
abre tu muralla enrojecida
que cuando esté abatida
yo te alzaré a la cumbre.

Los pechos de un señora tal

*"...tu pecho se hace eco,
inefable canto
en las ondas circulares..."*

Oh, pechos revelando todo al instante,
caminantes pechos a tu azul preferido,
se diría que el cielo rompió, rayo divino,
y pintó en tu espalda dos fuegos delante.

Si tú me dejaras viviría en tus pechos,
afincado sol en tus pechos amorosos,
rápidas margaritas, enormes, tenebrosos,
carnes vivas atrapadas en un lienzo.

Ah, dulces espirales a un aire orgulloso,
van inmensos desnudándose en bandada,
recios perfiles, derramados, si, ladeada
ah, suaves pechos ávidos y generosos.

Sus coronaciones desplazadas al centro,
blandos minerales brutalmente pulidos;
en tus pechos quiero morderte ya dividido
el brillo que giran en destellos perfectos.

A sus tiempos de efímeras hermosuras
me dejo abandonado y a sus amapolas,
naufragar, o no, en sus redondas formas,
ángeles, sí, virginales de inocencia pura.

Nacaradas perlas a tus pechos ateridos;
quiero beber en ellos los dones y el yugo,
doble sol, doble luna y atados los nudos
en sus márgenes siempre consentidos.

Nunca en débiles maneras acariciados
iah, qué violetas encrespadas y laureles!
en esas horas que a mis manos impelen
y me vuelvo perezoso para desnudarlos.

Quiero habitar al límite de sus estrellas,
donde el viento sólo entiende de afilarlos
y en sus coronas sonrosadas ser el blanco
que a cualquier otro color comprometa.

Las rápidas margaritas ya deshojaron
y sus frutos fueron luz en las medianas,
entre hombros, el vientre y la espalda,
tus pechos que para otros nada dejaron.

...al poema "Tejiendo mar" de Cristina

Tú, en ti tejiendo mar,
yo cantando silencios,
pero ambos uniéndonos
sin saber en qué lugar

de indomable ternura
este sentir nos regalaron,
tú con tu hilo de bordado,
yo en tu voz, criatura

en el norte florecida
que en la boca me llevas
el nombre como una huella,
tan diaria, tan sencilla

en tus mares tejidos,
tan mujer, tan agua
tibiamente y clara,
tejiendo mar y yo a ti cosido

por la carne y por los huesos,
consternado y agradecido
en tu sangre embravecido
cantándole al silencio

por esto que se agranda
como una ola en tus costuras
y busca el hueco de la ternura
a la vez que grita y calla

reteniendo gloria en el impulso
jamás en las manos o la boca
¡pero qué lindo me provocas
los entrehilos de mi pulso!

Voy por las sales de la tierra
a tus mares ya tejidos,
más que hombre, tu amigo,
más que mujer, mi poeta.



Bodegones – Luis Gómez

Leves y pálidas

Tus manos, son tus manos
dos trazos en la distancia
de un lienzo, dos roces
que no en un olvido,
tus manos blancas y leves,
tus blancas y leves manos
como un tumulto de voces
en mi pecho recogido.

Entre un navío y un cerezo,
dos campos, dos mares las amparan,
del paño al marco leve,
tus leves y blancas manos
como dos cuchillas
-hielo y núcleo, núcleo y agua-
así reposan y así verdean,
secas, muy secas y mojadas.

Como de un solo fruto
-que no dije- un olvido,
son en racimos tus manos
ambas dos trozos de gloria,
tus manos blancas y leves,
tus manos leves y pálidas
en la lluvia y en el viento,
en la forma de dos cielos.

De tus manos he comido
anillos y bebido aroma
en sus palmas moribundo;
las he alentado hacia tus pechos
cuando nada excepto ellos existían
y tus manos, manos blancas,
leves y blancas manos

han respirado su vida.

Conocen al padre sol
desde entonces y a la luna
hermana del silencio,
tus manos tan blancas,
tus manos en levedades,
saben del chasquillo del fuego
y a sus líneas me amarro
rotundamente valeroso.

Como una loba

Si tú, acaso, luces de abril tu desnudez,
sin promesa correré a tu lado
con mil cosas distintas en la boca.

Por ejemplo que no respondas esta noche
a nada que yo diga,
que seas tan sólo la manta de piel en la
penumbra,

que me beses como una loba y calles
sobre tus propios aullidos;
quiero que sacudamos el tiempo que nos
conduce

a otros lugares donde no estemos,
en reposo muy lentos,
con la serenidad del hielo en la montaña.

Pero si oyes que de mis labios
algo irascible sucede,
cógeme hacia la luz y empieza de nuevo,
porque pasará
que me perdí ante tu transparencia.

Un lirio

Un lirio para tu mano frágil,
para tus labios un lirio,
un lirio, un lirio amor,
para que tú me escuches
traigo lirios en mi silencio,
que no una rosa, que no dos,
que no un clavel, un lirio,
el lirio para tu sencillez.

Un lirio para tu día
de blandos celajes inmóviles,
que cuando el sol se rinda
yo iré a tu boca con un lirio;
un lirio acerco con mi silencio,
que no una rosa, ni dos o un clavel,
necesariamente un lirio
para tu yo sencillo y puro.

Para tu virginal boca;
ahora que se paró el mundo,
un lirio sostenido
en un tobillo tuyo y del aire,
sonámbulo y distraído
en el hallazgo de la materia
suave y decidida, un lirio
de las crecientes mareas.

Bogaré hasta la vieja almadraba
-ciudad de los lirios-
y como un ladrón en la noche
en el lirio esperaré su hora,
su perfecta hora,
con los dientes arrancaré
el ángel de su flor

para que tú me escuches.

Un lirio, amor, un lirio del mar,
de hombre el lirio,
para que tú me escuches
como antes jamás lo hiciste;
yo diré amor donde el viento
peina y luego más nunca,
no una rosa o dos, ni un clavel,
un lirio en este día tuyo.

Yo soy lo que te pasa

Cuando callas y todo se reduce
a la criatura luminosa
y me pides algo en la noche,
yo sé que es lo que te pasa.

Cuando en tu silencio,
abiertamente frágil,
quieres ser barro y manos
encendidas, acaso para la calma.

Lo dicen tus pechos culpables
hacia un golpe de vida;
lo dice el faro
hasta donde su camino alcanza.

Tu sencillez es un destello,
un patio que asciende
y a la tierra cunde;
es tu sencillez la de la jara.

Desde la sombra mi verso
tu boca recibe
y la música en tu voz;
el verso dice, el hombre lo calla

cuando el cielo te visita
y cae hacia tus rodillas la mar,
y de cristal te envuelven
todos los colores en tu cara.

Y -no sé que me pasa- dices
temblándote cada poro;
quieres estar conmigo,
y eso es lo que te pasa.

Tu silencio de estrella

"A veces los silencios
dicen más que las palabras;
así tu silencio,
así el silencio mío"

Tu silencio es como de estrella
escondido tras la jara olorosa
que duerme su espléndido verano.

Este silencio apartado tuyo
que leo en tus propias palabras
lejanas y profundas como un navío.

Tú rodeada. Tú silenciosa, casi vacía.
Tú que tanto callas y tanto gritas.
Quien entiende tu silencio en la luna.

Este silencio de espada sujeta
que te protege de este silencio mío
hacedor de palabras y de sombras.

Qué frío en tu silencio de lava.
Que quietud de cielo monótono.
Qué azul eres amada, qué azul.

Los ojos rondan la hoguera
de todas las estancias que someten
tu silencio de tapiz caído.

Miro la noche como un camino largo
en tus manos que son ácidas y callo
junto a tu silencio que es como de estrella.

Háblame

Háblame, deja caer una palabra,
una señal que indique en la veleta
que tú eres mi rumbo, y mi meta
morderte mansamente el alma.

Dime adiós y sabré que estabas
moviéndome al final de las cuerdas,
que eras la leve luz que sujeta
el rocío que en la flor se hace agua.

Háblame volando, sé tú mis alas,
el último grano del pilar de arena,
y perdona si la sangre me quiebra
masticándome en las entrañas.

Miénteme diciendo que no fui nada,
que olvidaste mi calle y mi puerta,
pero no sabes que sé que sueñas
y siendo tu sueño odias la mañana.

Vuelve si quieres entrada el alba
-para ti la casa siempre está abierta-
pero no esperes hallar la marioneta
que ayer fui en tus manos blancas.

Contigo

Qué importa si otros antes que yo,
o antes que tú, otras
sostuvieran cosas mías,
cosas tuyas,
si yo me entrego hasta la sangre
contigo
y contigo juego en los carrillos del cielo,
a ser el hombre que haces de mí,
y surco contigo y contigo vuelo
y muero contigo
en el destino del tiempo.

Lo que inventaste

Aún era de la blanca inocencia
tu vientre de sangre y secreto,
todavía el mundo era un boceto,
sólo papel clamando existencia.

Iban las estaciones sin nombre,
sin nombre íbamos por la tierra
¿cuándo otoño? ¿cuándo primavera?
sólo éramos dos, mujer y hombre,

pero tú fuiste antes que el sol
en una bola de fuego se vertiera,
antes de la risa o la tristeza,
tú -seguro- inventaste el dolor.

Ya eras, antes de que todo fuera,
claros manifiestos por las ramas,
llamaste así al campo y a la playa
le pusiste amor con las mareas.

Del labio el cielo y el aire,
parcela cuya labor es tu rezo,
para mi deseo creaste tu cuerpo
y luego mi cuerpo más tarde.

¿Desde qué punto invisible
hiciste el lienzo y el canto?
y la lágrima cuando duele tanto
este amor que parece imposible.

El verde claro que en las redes
se desprende al domingo tendidas
en el patio del festivo día,
en el patio que no dejan verse.

¿Que hiciste con sus mallas
sino de tu boca la llaga y el fuego?
y el fango inventaste luego,
blanda sus telones asomada.

La figura que la orilla permite
es aquello que olvidaste, mujer,
mariposa de sal al atardecer
que vuela y vuela a su escondite

porque te hiciste tan pura y bonita
que al olvido tu vientre dejaste,
pero al hijo para recordarte
¡quién si siempre estarás viva!

Mi improntitud

Porque has venido hasta mi puerta
de todas las partes del mundo,
con las manos amplias de todo el mundo,
con el corazón callado y el alma abierta.

Con pies sigilosos y boca tibia, tú
has venido y yo veo en ti todo resumido
como esos labios que lloran mínimos
un poco de resplandor para su luz,

o como miles de aleteos en mi ventana
cuyas cuencas son anchas y profundas.
Has venido tú de un mundo vagabunda
de una estrella, de una tarde, de un alba

con espalda dócil, pálido espejo
donde al mirarse, abismo de muerte,
un labio sobre otro labio cae inerte
porque eres tú en cada reflejo

más que linda dos veces bella,
más que pechos o debilidad del hombre:
¿qué importa desde cuándo o de dónde
aparece esa imagen que refleja?.

Aquella flor cantada en los escaparates
con toda la delicadeza del universo
o aquella voz exacta para el verso
que a todos llega al escucharte.

Y has venido precisamente aquí, tú,
sin saber acaso que yo existía,
a traer el sol que labora en el día
magias, vida, ríos y esa infinitud

Bajo la luz del anónimo

con que la luna apacienta las aguas
algún crepúsculo, en algún náufrago
para calmar mi improntitud.



Patio sevillano

Pequeño pecado

Contigo todo comienza en un paseo,
como si sacáramos las lenguas
vestidas de domingo,
redondas como un eclipse,
voluntarias como un soldado.

Que si tú miras el pasillo de fuego
y yo alzo una ceja disoluta,
no pasa más que la tensión,
y que paz, amor, produce
dejar atrás el sueño ciudadano,
incómodo silencio de farolas
cuando se aproxima su rendición.

Pero entre el parque que ajusta las horas,
cuando los ancianos cansaron palomas
y los niños quebraron los juguetes,
entre la hierba y el alba,
nosotros, oh, nosotros
rompemos nuestros cuerpos
sin importarnos además que el día
inoportune la sorpresa que desnudamos
en ese pequeño pecado nocturno.

Te vencieron los pájaros

En esta hora de tu espalda,
¿qué hice yo que te vencieron los pájaros?
Miras la fruta sobre la mesa
derramada, como extensión del paño,
y llegas untando melodía por la casa
¿por qué entonces te vencieron los pájaros?
El cielo cayó a tus rodillas desde el mundo
náufrago en tus muslos de plata,
como muriendo en la tarde entreabierta,
la tierra, y los pálidos colores en tu cara
¿para qué?
si después de todo te vencieran los pájaros.

Mujer ardiente

Hay oro en la mirada de una mujer ardiente,
como una tormenta, como la lluvia ladeada,
agua pura que divide y cristaliza una espada
de sal en los ojos de la zarza hiriente.

El vacío es el todo que queda lleno de nada
en el corazón del hombre de tarea porfiante,
el músculo al que otorgamos amor; es sangre,
son pálpitos que se encienden y se apagan.

Inocencia de la tierra pura, mi querida indolente
a punto de la miel turbia y de la fragua,
cuerpo que se inclina en la tarde clara
sin saber que viene muriendo desde la fuente.

Mas con esa muerte sonreímos; aparece el alma,
dueña del menester del vacío anhelante,
tenebrosa almena, lágrima cuyo estandarte
en la mujer son dos cruces y una navaja.

Blanca mujer de la nada entre las gentes
o de todo mineral pulido en oro o en vasta plata,
vendrá el hombre con la luz nueva de la mañana
y tú saciarás su sed y su hambre lentamente.

Después llenará el vacío la soledad encadenada,
sonámbulos del quebranto al humano discordante,
dibujarán en la nada del espacio un punto distante
lleno de todo, lleno del rocío que vacía el alba.

Al fondo está tumbada, al fondo ella duerme
y su sueño debe ser un todo múltiplo de nada
y del patio ¡ah, del patio vacío de la casa!
En el patio sólo la flor del agua no es indiferente.

En la herida del mundo eres todo y eres nada,
cenizas de la carne viva en tu desnudo ardiente,
y el hombre ¡qué pobre soy! sólo un combatiente,
un nada que colma el vacío que lucha en tu batalla.



Me vuelo contigo

Me vuelo contigo.
En esas veces en que exclamas,
con tu voz pequeña, un otoño
y caen las hojas sobre el río,
me visto de yedra,
y yo, me vuelo contigo
como se vuelan los pájaros
que buscan los campanarios,
como se vuelan las olas,
yo me vuelo contigo
con el agua que llueves
y recíproca te regresa
a anidar los campos,
como crece en el trigo la mazorca,
yo me vuelo contigo
y olvido todo sustento
en tus brazos que son fuego,
en los pétalos de tu rosa,
me vuelo contigo
hasta quebrar las tardes
en su púrpura que es tu boca.
Y desde mis hombros
hasta tus mínimas entrañas,
en esas veces en que tus ojos
vienen escalando tu voz despeinada,
yo me vuelo contigo.

Si yo pudiera

Si yo pudiera, bonita,
hacerte un nidal blanco,
un nido de amor tan alto
que ni el viento ni la brisa

ocuparan espacio alguno,
que en seda fuera el raso
y unidos los cuatro brazos
sólo contáramos uno

¿qué no te daría si pudiera?
uvas en pequeños racimos,
de mi cuerpo mi cuerpo mismo
bajado de la luna lunera.

¡Oh, ser que creas los espacios
infinitos de las mareas!
¿qué molde es el que moldea
las curvas de este amor sagrado?

Si vivir dos vidas pudiera
contigo las dos, contigo,
engarzado al hueco mínimo
en el nido de tus caderas.

Redondear tu pecho

Quiero redondear tu dulce pecho
tan recio y tan bendito
y dejarme morir, amor,
mil veces bajo tu abrigo.

Nos arrasa la cirugía del tiempo
que es seda y viene a pulirlo,
el mineral blando de tu boca
o el cielo de tu beso infinito.

Deja que el mundo viva
sin nosotros en cauteloso sigilo,
que vayan silenciosos por las urbes
con sus trajes de domingo.

Mas estoy solo en tu pecho,
oscuros senos y sencillos,
y yo quiero morir hoy
y que tú mueras conmigo.

De azules alabastros repleto
vengo de la mar a conseguirlos,
con jazmines en las manos
hasta tu puerta y solicito

la sorpresa de tu cuerpo,
dos rubíes cincelados con grafito,
coronando tu vientre disoluto
ahora que están dormidos.

En tu regazo ¿qué querrán
mis manos sino estar contigo?
muriendo en el campo, amor,
y tú muriendo conmigo.

Al fino día

Tú perteneces al fino día,
al aire de repente que absorbo.
Para tu sonrisa clara,
suave como una de tus manos.

Como un niño va y viene, voy
de la luz al reflejo,
del tiempo ocioso al laboro;
nace la luna con tu desnudez simple.

Dos estrellas visitan tu pecho
y la virginal línea de tu vientre
¡ah, amor! eres un racimo de agua
y la mar te zarandea despacio.

De la sombra de la lámpara
haces figuras en el espacio,
para tu boca de nada toda llena,
para la perla en tu cuello milagrero.

Yo voy atando de sal los trinquetes
a tus piernas como un navío
que a lo lejos se rompe del cielo
en los entre hilos de la locura.

¡Ah, amor, tú que brevemente
eres la llama que cimbra en la playa!
¡ah, amor como un mundo
qué bonita eres, amor, qué bonita!

Por el camino recojo las cosas
que dices que no te pertenecen,
una hoja, un diente, un dedo,
y con ellas voy haciendo racimos.

Como fuiste anoche

Entre las hojas fuiste
la voz constante del silencio,
una gota de agua
cortada por un vuelo de mariposas,
sí, mujer,
así fuiste anoche,
la huella grave de un naufrago,
más tarde, el día, aún más,
tibia estuviste hasta la quemazón
iah, cómo eras anoche!

De un hilo de aire
en la lámpara fuiste la delgada luz,
allí donde fulguró la noche
y nació la claridad,
diamante y frágil porcelana
iah, qué bella!
iah, qué hermosa fuiste anoche!

Me dejaste ser tu noche
más tarde, aún más, el día
después
en pura labor de manos y entrañas
iah, qué inclinación hacia la tierra!

De la niebla el turbio reflejo,
fuiste oscura y clara imagen
iah, con qué paciencia me amaste!
luego vaho, chispeante nube,
nunca rescoldo, más y tarde,
aún más, con el día fuiste humo.

El beso

En un beso ha de existir algo de tragedia,
inventar que una lengua hubiera muerto
y la otra, con flechas y lanzas al viento,
hacer que de la muerte el aliento resurgiera,

o ser el caudal de la montaña emergente,
aquel río cuya materia o cuyas aguas,
es decir, una lengua y la otra resucitada,
corran al unísono compás de la corriente.

Pero a la vez de muerte ha de tener vida,
no sólo en las bocas, no sólo electrizante,
ha de ser a destiempo un impulso constante
y en esa constancia tiemblen las rodillas,

duración prolongada de las lenguas requeridas
en impactos que sus puntas dan y regresan,
como si fueran nazarenos con promesas
ignotos de la proeza de un beso homicida.

Tú posees ese desparpajo al besarme
sin importarnos la lengua que muere o la asesina;
de la complejidad que clama la cosa más sencilla
- entiendo por sencillez las aves en la carne -

hacemos que no sea inútil ver pasar la tarde
entre abrazos y mil besos a escondidas,
en los pilares del muelle o en la orilla
cuando corres con el alma para besarme.

Manos imposibles

Sol, en tu trono, tan despojado,
avariento Dios de las luces
¿quién envidiará tu soledad?
¿qué cuerpo, amante indoloro,
tomará tu hembra y tu corona
virgen de inquietante paciencia?.
Vestirás, en tu fuego acaso,
una luna con senos y boca,
manos placenteras, blancos labios
y un orgasmo cualquiera
en la leve oscuridad de un eclipse.
Porque tú desconoces la noche
y los profundos huecos del mar,
nunca sabrás de lo delicado,
tibia seducción, juego de muerte,
cenizas, ¡oh, indestructible fuerza!
¡oh, dominante infalible sin sexo
cuánta vida y cuánto triste guardas!
Y cuanto silencio me produce mirarte
sobre el inmenso cielo azul,
trágicamente, tan solo.

Tú, madre sola de la noche única,
señora mansa y pura,
gimes en tu blanco artificio
ideando la verticalidad intocable.
Lo sabes a él, agónico en su lugar mismo,
pensando en tus manos como el viento
y sufres su escasa fuga.
Sueñas tener cuerpo virginal,
un edén donde depositar tu oficio
instigador de jóvenes nuevos,
y un lago de aguas exactas
y boca para tu amante inequívoco,

y pies, y codos, y vientre sementero,
y un par de ojos cobrizos
para inaugurar tu amor imposible.

Desde las copas rebosantes de alba
soñé todas las cosas del mundo;
me evadí en una simple piedra.
Sobre ella se depositan, alternadas
luces primarias sin sombra en su quietud:
llega el sol, la nutre y la abandona.
Llega la luna socavando y perece.
Diríase que son mensajes, campanas
que redoblan tristeza y una lágrima,
labios y una queja. Diríase vacío.
Yo, que envidiaba la natural disposición,
los verdes alejados, ahora siento pena
porque sin tener el poder del agua,
ni de las luces o la oscuridad,
tengo una mujer que es luz y es agua,
que puedo acariciar hasta lo impensable,
y apretarla contra mi pecho
con el ansia de la fruta de su boca.
Pienso,
con el fuego del sol o la honda luna
y miro el sustento de mi vida:
tú, amada mía, eres mi luna y mi sol.